

Pero ella comprendió sin duda con quien tenía que habérselas, pues le preguntó bruscamente con tono burlón:

—Y bien, ¿no me ofreces nada?

—¡Sí, sí! dijo Tomás febrilmente. ¡En verdad, soy un tonto! Sentémonos á la mesa.

Hacia chocar todo en la obscuridad, tomaba las botellas unas por otras, las volvía á dejar y reía con aire inocente y confuso. Ella se había aproximado á él y miraba sonriendo su rostro y el temblor de sus manos.

—¿Te da vergüenza? murmuró ella de repente rozando con su boca la mejilla de Tomás.

Y él respondió, muy quedo:

—Sí.

Entonces ella colocóle ambas manos en sus hombros y atrayéndole dulcemente hacia ella, se puso á murmurarle palabras ardientes:

—¡No tengas pudor... no es posible evitarlo, amor mío... lindo mío... me haces sufrir!...

Las lágrimas le ahogaban. Al son de esta voz su corazón se extasiaba en una deliciosa languidez. La cabeza apoyada en el seno de su compañera, la estrechaba en sus brazos y dejaba escapar palabras incoherentes, cuyo sentido ignoraba él mismo...

* * *

Algunos días más tarde, en el momento en que estaban las barcasas vueltas á cargar y el remolcador dispuesto á partir para Perm, Efim subió al puente, vió con gran asombro y desesperación venir una carreta con un baúl y muchos bultos encima de los cuales montaba la bella Pelagia.

—Manda á un grumete traer esos bultos, ordenó Tomás, haciendo con la cabeza una señal en dirección de la ribera.

Efim obedeció refunfuñando y preguntó en seguida, en voz baja:

—Pero ¿viene con nosotros?

—Conmigo, dijo secamente Tomás.

—Pues, claro... no con todos... ¡Oh! ¡Dios mío!

—¿A qué vienen esos suspiros?

—Pero... ¡Tomás Ignatich! ¡Que vamos á una gran ciudad! ¿No encontrarías allí de sobra como ella?

—¡Silencio! ¿Entiendes?

—¡Ah! Puedo callarme, pero eso no está en el orden.

—¿De qué?

—Es escandaloso. Nuestro barco es decente, bien mirado... y de repente una mujer. ¡Y qué mujer! Pero no, ella no tiene más que un nombre: es una ramera.

La frente de Tomás se plegó y dirigiéndose al capitán con tono iracundo y voz penetrante é imperiosa, recalcando cada palabra:

—Ten presente, Efim, dijo, tú y los demás: si alguna vez oigo una palabra injuriosa que se dirija á ella, os abro la cabeza con mi hacha.

—¡Qué horror! murmuró Efim incrédulo, mirando curiosamente el rostro de Tomás.

Pero en el mismo instante dió un paso atrás. El hijo de Ignat mostraba los dientes como un lobo, sus pupilas se dilataron y rugió:

—¡Que te vea yo reír! ¡Ya te enseñaré!...

Asustado Efim, le replicó á pesar de ello con dignidad:

—Aunque sea usted el amo, Tomás Ignatich, su padre me ha dicho: «¡Vigila, Efim!» Y lo que es á bordo, yo soy el capitán...

—¡Capitán! vociferó Tomás, temblando de cólera y pálido cual la muerte. Y yo ¿qué soy?

—Por consiguiente... no hay que gritar por tal frustrería.. ¡Por una mujer!

Grandes manchas rojas cubrieron el rostro pálido de Tomás. Apretó los puños convulsivamente,

metió las manos en los bolsillos, y después repuso con voz ronca:

—¡Eres el capitán! Pues bien, una palabra más é irás al diablo. ¡A tierra! Solo con el piloto, soy bastante capaz de valerme... ¿Has comprendido? No tengo que recibir órdenes de ti... ¿Y qué?

Efim estaba consternado. Miraba al patrón, par padeando, turbado, sin encontrar qué contestar.

—¿Has comprendido? te pregunto.

—¡Comprendo, comprendo perfectamente! concluyó por decir. Pero ¿para qué tanto escándalo, después de todo? Por una...

—¡Silencio!

La expresión salvaje que cruzó por los ojos de Tomás, que la cólera desfiguraba, haciéndole otro, sugirió al capitán la buena idea de largarse lo más pronto posible. Dió media vuelta y se esquivó.

—¡Uf! ¡Me ha dejado helado! El fruto no cae lejos del árbol, murmuraba á regañadientes mientras atravesaba el puente.

Estaba furioso contra Tomás y se consideraba ofendido sin razón; pero tampoco dejaba de ser cierto que había sentido caer sobre él una mano de amo firme y segura. El, que desde hacía muchos años había estado acostumbrado á la sumisión, se complacía en sentir esta potencia ejercerse sobre él y cuando entró en el camarote del piloto, con cierta satisfacción, contó la escena que acababa de pasar.

—¿Has visto? dijo concluyendo su relato. ¡De tal árbol tal retoño!... Sin embargo, al verlo, cualquiera diría que era un idiota. Vaya, bueno, es menester que se divierta .. esto no tendrá consecuencias con su carácter. ¡Pero qué gritos me daba! Un trueno. Se erigió en amo, pero cómo, de un golpe... Exactamente igual que si hubiese apurado el poder y un rigor inflexible en alguna copa misteriosa...

Y Efim tenía razón: un cambio radical había so-

brevenido, en aquellos pocos días, en el carácter de Tomás. La pasión que repentinamente se había encendido en él le había hecho dueño de una mujer en cuerpo y alma, y ahora saboreaba con una voluptuosidad ardiente las delicias de la posesión.

Esta pasión lo había pulimentado. Desterrando todo lo que era primitivo, haciéndole parecer tonto y tardo, y habiendo destruido todo, le había infiltrado en el corazón un orgullo varonil, la conciencia de su personalidad humana. El amor de una mujer, sea como sea, es siempre fecundo para el hombre, aun cuando no aporte sino sufrimientos, pues éstos son también preciosos. Si el amor es un veneno violento para las almas enfermas, para las sanas es fuego que cambia al hierro en acero.

La pasión de Tomás por esta mujer que tenía treinta años y que en los brazos del joven festejaba el reverdecimiento de su juventud, no le hacía descuidar los negocios. Acudía al trabajo y al amor, dándose por entero á ambos. El amor de esta mujer, como un vino generoso, excitaba todas sus energías, y ella por su parte, bajo la caricia de sus besos juveniles, sentía volver á sus mocedades.

En Perm, Tomás cogió una carta. Su padrino le anunciaba que, aburrido, Ignat se había dado á la bebida, cosa muy peligrosa á su edad. También le aconsejaba arreglar los negocios lo más pronto posible y volver á casa. Este consejo inquietó á Tomás y entristeció la dicha en que su almase explotaba; pero las caricias de Pelagia y los negocios disiparon bien pronto estas sombras. Su vida se deslizaba entonces rápida como un torrente y cada día le ofrecía impresiones nuevas, haciendo despuntar en su sér nuevas ideas. Ella mostraba toda la fogosidad de una querida apasionada, con esta violencia de sentimiento particular á las mujeres cuya juventud se acaba y que beben las heces en la copa dorada de la vida.

Pero á veces, y esto intrigaba más á Tomás, dejaba vislumbrar otro sentimiento, igualmente violento, pero diferente: éste era cierto cariño material, deseo de preservar al niño querido de toda falta, de enseñarle el arte tan difícil de vivir. A menudo, por la noche, en el puente, cuando él la tenía estrechamente oprimida entre sus brazos, ella le decía, triste y dulce:

— Obedéceme como á una hermana mayor... Yo he vivido, conozco á los hombres... ¡He visto mucho en mi vida! Escoge tus amigos con prudencia, pues hay hombres contagiosos como enfermos. Nada te retiene en el primer instante; es un hombre como los demás y tú lo imitas sin desconfianza: después, es demasiado tarde cuando adviertes que su mal te ha contagiado. Todo lo perdí por una amiga... Tenía un marido... dos niños... vivíamos bien... mi marido era oficial en la escribanía...

Se calló y miró largo tiempo por encima del empalmetado la estela del navío, y después suspiró y continuó:

— ¡Sobre todo con mis iguales! ¡Que la santa Virgen te proteja! sé prudente. Eres muy tierno todavía; tu amor no está bastante traqueteado... Las mujeres son golosinas para hombres como tú, fuertes, hermosos, ricos... Desconfía sobre todo de las vírgenes á medias; son como los vampiros, caen sobre un hombre y le dejan sin sangre... continuando tan cariñosas y tan delicadas. Te chuparían hasta el último céntimo, pero sabrán ponerse á cubierto, te despedazarían el corazón y nada más... Busca más bien las que se muestran abiertamente, como yo. Esas son desinteresadas...

Ella era, en efecto, desinteresada. En Perm, Tomás le compró objetos de tocador. Estaba contentísima, pero, examinándolo todo, le dijo con interés:

— No tires así el dinero... tu padre se enfadará... Yo te quiero, ya lo sabes, sin regalos...

Desde hacía tiempo estaba convencido de que no pasaría de Kazán, donde tenía una hermana casada. Tomás no podía hacerse á esta separación. Y cuando la víspera de la llegada, ella le repitió su decisión, se puso sombrío y le suplicó no le dejase.

— No tengas penas antes de tiempo, dijo ella; tenemos aún una noche entera por nuestra. Cuando venga el momento del adiós, tú me sentirás... si eso te apena...

Pero él insistía, á pesar de todo, en que no partiese, y declaró por fin, como era de suponer, su intención de casarse con ella.

— He ahí lo que es aún mejor, dijo ella riendo francamente; ¿podría casarme contigo, á pesar de mi marido? Te quiero mucho, amor mío, pero sería demasiada comedia. ¿De modo que quieres casarte conmigo? Ya tendrás más de una querida... Cuando lo hayas visto todo, cástate... Yo he visto mucho: un hombre vigoroso no debe casarse temprano, por su propio reposo. Una sola mujer no le basta, corre tras otras... Si quieres ser dichoso, no tomes esposa sino cuando comprendas que una sola te basta.

Pero, cuanto más hablaba, más insistía Tomás en la voluntad obstinada de no separarse de ella.

— Escucha bien esto, decía la mujer con calma: Tienes una bujía encendida en la mano; cuando luzca... tiralas al agua, y se apagará sin hacer humo ni quemarte los dedos...

— No comprendo lo que quieres decir.

— Debes comprender. . Tú no me has hecho ningún mal y yo no te lo deseo... Por eso te dejo...

Es difícil saber cómo se hubiera terminado esta querrela si la casualidad no se hubiese puesto de por medio.

En Kazán, Tomás encontró un parte de su padre que decía lacónicamente: «Vente en seguida por el barco de pasajeros». El corazón de Tomás se oprimió dolorosamente y algunas horas después, de pie

en el puente, miraba, los ojos secos, los dientes apretados, pálido y descompuesto, el rostro de su bienamada que se alejaba poco á poco en la ribera.

Pelagia agitaba su pañuelo y sonreía siempre, pero él sabía que lloraba lágrimas amargas y ardientes. Sus lágrimas habían empapado la pechera de la camisa de Tomás y á él le parecía que un peso grandísimo y helado hubiese caído con ellas en su corazón torturado por la inquietud. La silueta de la joven disminuía gradualmente, confundíendose con la bruma, pero Tomás no podía apartar de ella su mirada. A la agonía que experimentaba por su padre, al sentimiento de dejar esta mujer, se mezclaba en su alma un sentimiento nuevo, violento y amargo. No podía definirlo, pero le parecía que alguien le había ofendido.

La muchedumbre que estaba allá abajo, en el muelle, no formaba más que una mancha oscura, informe, muerta, sin rostro ni movimiento... Tomás se separó de la plataforma y se puso á pasear á grandes pasos en el puente con aire lúgubre.

Los pasajeros charlaban con animación, instalándose para tomar el té, mientras que los criados se daban prisa á colocar los cubiertos. Abajo, en las terceras, un niño reía, confundiendo su voz clara con las notas roncadas de un armonium y con el choque de vajilla de la cocina. Y durante este tiempo la enorme masa del buque avanzaba rápidamente en contra de la corriente, partiendo la cresta espumosa de las olas con un ronquido terrible y sacudido por el esfuerzo potente de su máquina.

Tomás miraba las burbujas que hacía el agua herida por la proa del barco, y las ondas que se lanzaban furiosas á babor y estribor. El también se sentía poseído del deseo de herir algo, de presentar su pecho desdado á la corriente, su pecho y sus hombros como una proa viviente que cortaría el agua...

—¡El destino! dijo á su mismo lado una voz enronquecida.

Esta palabra le era familiar. Su tía Antheisa la ponía como solución á muchas de las preguntas que él hacía, y esta palabra tan corta evocaba en su alma la imagen de la fuerza, de una fuerza igual á la de Dios. Miró á los que charlaban: uno era un viejo canoso, de rostro venerable, y el otro, más joven, de grandes ojos fatigados y perilla. Contemplando su larga nariz y sus mejillas pálidas y demacradas, Tomás pensó involuntariamente en su padrino.

—¡El Destino! repitió el viejo, repitiendo la exclamación de su interlocutor, y sonrió. El Destino en la vida representa lo que el pescador en el agua: lanza en el torbellino humano un anzuelo bien apetitoso y en el acto el hombre cae sobre él, la boca abierta, ávido: hele cogido... Ya puede revolverse y darse contra las piedras; nada adelanta. Cuando se va á mirar, se ve que su corazón está despedazado. ¡Así es, señor!

Tomás cerró los ojos como cegado de repente por un rayo de sol, y dijo en voz alta:

—Exactamente. ¡Eso es!

Los dos que conversaban le miraron atentamente. El viejo con una leve é inteligente sonrisa, el otro con animosidad y como se suele decir gráficamente por encima del hombro. Turbado, Tomás se alejó reflexionando siempre en el Destino y presa de una gran perplejidad: ¿para qué haberle colmado, haciéndole don de una mujer, si era para volvérsela á quitar, momentos después, brutalmente? Y entonces comprendió el sentimiento de ofensa cruel que por ello sufría, comprendió el rencor que sentía contra el Destino que se burlaba de él. Era demasiado niño y consentido para soportar sin dolor esta primera gota de veneno caída en su copa aun llena.

Pasó el resto del viaje sin dormir, mecido por la tristeza. Esta tristeza aumentaba de día en día y se transformaba no en un recuerdo doloroso, sino en una manifestación odiosa.

Tomás encontró á Maiakín que le esperaba en el muelle. Mientras se instalaban on el coche, á las preguntas inquietas de su ahijado respondió haciendo brillar sus verdes ojos:

—¡Tu padre ha perdido la cabeza!...

—¿Bebe?

—¡Aun peor... está loco!

—¡Oh! ¡Dios mío! pero hablad.

—¿Comprendes? una mujer le ha calentado los cascotes...

—¿Y bien?... dijo Tomás recordando á Pelagia y experimentando una alegría inexplicable.

—Se ha liado con él, y le chupa la sangre.

—¿Decente?

—¡Decente! Si es una mujer sin principios, un incendio, que le ha comido ya setenta y cinco mil rublos como nada.

—¡Bah! ¿Y quién es?

—Sofka Medinskaia, la mujer del arquitecto...

—¡Dios mío! Ella... ¿Acaso mi padre?... ¿Sería su querida? preguntó Tomás dulcemente, desvanecido.

Su padrino se alejó unos pasos, abrió los ojos y le dijo con tono persuasivo, mientras que su rostro tomaba un aire cómico:

—¡Pero estás loco, tú también... A fe mía! ¡Vuelve en tí! A los sesenta y tres años, es que aún se tienen queridas y á ese precio. ¿Qué tienes? Ya le contaré á Ignat...

A estas palabras Maiakín soltó una carcajada que sonó como un sollozo, y su perilla tembló desagradablemente. Sólo á fuerza de dificultades es como Tomás pudo saber algo. El viejo, que comunemente hablaba con moderación, estaba nervioso y

excitado. Cortaba sus frases por monosílabos y escupitinas. Por último Tomás llegó á comprender que Sofia Pavlovna Medinskaia, la mujer de un rico arquitecto, conocida en toda la ciudad por su celo infatigable en la organización de obras de beneficencia, había obtenido de Ignat setenta y cinco mil rublos para la fundación de un asilo de noche y de una biblioteca popular. Ignat habíase desprendido del dinero y los periódicos se deshacían en elogios á su generosidad.

Tomás habíase encontrado más de una vez á esta mujer en la calle. Era pequeña y él sabía que pasaba por una de las más lindas de la población, pero que se murmuraba mucho sobre su conducta.

—¿Y es eso todo? dijo él cuando su padrino hubo terminado. Yo pensaba Dios sabe cuántas cosas...

—¿Tú? Tú te imaginabas... dijo Maiakín incomodándose de repente. ¡Tú no te imaginabas nada, gran bobo!

—¿Pero, por qué gritáis? dijo Tomás sorprendido.

—Vamos á ver, dí: ¿setenta y cinco mil rublos es una buena cantidad, según tú?

—Sí, dijo Tomás después de haber reflexionado.

—¿Entonces?

—Sí, pero mi padre es muy rico... ¿qué decís á eso?

Maiakín tembló, arrojó una mirada de desprecio al joven y dijo con voz debil:

—¿Eres tú, quién habla?

—¡Ya lo creo! ¿Quién queréis que sea?

—Mientes. ¡Es tu tonta juventud quien habla! Sí. Mientras que mi vieja experiencia, que la vida ha puesto á prueba más de un millón de veces, te dice: «¡No eres más que un perro joven y no es aún hora de alzar el gallo!»

El modo figurado de hablar de su padrino tenía el don de exasperar á Tomás. Maiakín se había siempre mostrado más rudo que su padre; pero en

este momento se sintió realmente ofendido por el viejo y le replicó con tono firme, aunque comedido:

—No deberíais vociferar para nada. Yo no soy ya un niño.

—¿Es posible? exclamó Maiakín, elevando las cejas y considerándole con socarronería.

A estas palabras Tomás se conmovió. Le miró derecho en los ojos y pronunció recalcando:

—Os digo que no quiero oír más vuestras injurias, que no merezco. Y ya basta.

—¡Hum! ¿es así?... ¡Pide perdón!

Jacob Tarasovitch movió los labios, se volvió hacia su ahijado y no dijo nada durante algunos segundos.

El coche entró en una callejuela estrecha y dando vista á la casa paterna, Tomás hizo involuntariamente un movimiento en aquella dirección. Al mismo tiempo, su padrino le preguntó con una sonrisa maliciosa y tierna:

—¡Thomka! ¡dime ahora quién has afilado tus dientes! ¿Eh?

—¿Son puntiagudos? preguntó Tomás encantado de la nueva faes en que entraba la conversación.

—No mal... ¡Pero está bien, amigo mío, está muy bien! Temíamos tu padre y yo que salieses un mandria... ¿Has aprendido también á beber aguardiente?

—Ya bebi...

—¡Temprano!... ¿mucho?

—¿Por qué, mucho?

—¿Está bueno?

—No mucho.

—¡Bien!... Todo eso no es malo... Solamente, eres demasiado franco... dispuesto á confesar tus pecados todos y á cada momento hay cosas que se deben callar: se satisface á los hombres y no se comete pecado... Sí. Nuestra lengua es muy raramente discreta. Pero hemos ya llegado. Ten cuidado,

tu padre no sabe nada de tu regreso... ¿Está él solo en su casa?

Allí estaba: por las ventanas abiertas de par en par se escapaban sus risotadas, algo veladas. El rumor del coche ante la puerta atrajo á Ignat hacia la ventana y exclamó gozoso, á la vista de su hijo:

—¡Ah! ¡Aquí está!

Un instante después, estrechaba á Tomás contra su pecho. La mano puesta en su frente, le echaba la cabeza un poco para atrás para mejor verle y sus ojos brillaban de satisfacción.

—¡Oh!... ¡muy bien... bravo! Ved, señora. ¿Es hermoso mi hijo?

—No es feo... respondió una voz dulce y clara.

Tomás miró por encima del hombro de su padre y percibió, sentada en un rincón de la habitación, de codos sobre la mesa, una mujercita con lindos cabellos rubios. En su rostro pálido se destacaban grandes ojos negros, cejas bien modeladas y labios carnosos y rojos. Detrás de la butaca, una planta extendía sus anchas hojas por encima de esta cabeza menuda, guarnecida de oro.

—¡Felicidades, Sofía Pavlovna! decía Maiakín humildemente, aproximándose á ella con la mano extendida. Nos hacéis siempre pagar contribuciones á nosotros, pobres diablos.

Tomás la saludó silenciosamente, sin prestar la menor atención ni á su respuesta ni á las palabras de su padre. Sin embargo, ella le miraba fijamente, con sonrisa afectuosa y franca. Su cuerpo ligero é infantil, envuelto en un tejido de color obscuro, se confundía casi con el terciopelo de la butaca, y su rostro pálido aureolado de cabellos de oro se destacaba como mancha luminosa en aquel fondo sombrío. Colocada así en el rincón bajo la planta verde, se parecía en conjunto á una flor y á una imagen santa.

Los ojos de la Medinskaia se bajaron, sus mejillas enrojecieron ligeramente y su risa vibró como una campanilla de plata. Se levantó y dijo:

—No quiero incomodaros, ¡hasta la vista!

Cuando pasó delante de Tomás, de sus pasos menuditos dejó un rasto perfumado y notó que sus ojos eran de un azul obscuro y sus cejas negras.

—¡Ya se fué la carpa! dijo á media voz Maiakín, acompañándola con su mirada de odio.

—¡Vaya, cuéntanos tu viaje! ¿Has gastado mucho dinero? decía Ignat, conduciendo á su hijo á la butaca que acababa de dejar la Medinskaia.

Tomás miró con desprecio esta butaca y tomó otra.

—¿Es linda la pieza, eh? decía irónicamente Maiakín, mirando á Tomás con sus ojos penetrantes. Abre la boca en su presencia, y te engullirá de un golpe.

Tomás se sobresaltó y sin responderle se puso á contar á su padre los pormenores del viaje. Pero Ignat le interrumpió, bien pronto.

—Espera que te sirvan cognac.

—Tú no haces más que beber, según dicen, replicó Tomás en tono de reproche.

Ignat le miró con sorpresa y preguntó:

—¿Es que se habla así á un padre?

Tomás, confuso, bajó la cabeza.

Maiakín los miró á los dos, suspiró, se despidió y los invitó á venir aquella misma noche á tomar el té en su jardín.

—¿Dónde está la tía Antheisa? preguntó Tomás sintiéndose de repente inquieto frente á frente de su padre.

—Se ha ido al convento... Vamos, cuenta... yo voy á beber...

En pocas palabras Tomás puso á su padre al corriente de los negocios y terminó por la franca confesión de sus gastos.

—He gastado mucho dinero en mi...

—¿Cuánto?

—Seiscientos rublos... poco más ó menos.

—¡En un mes y medio es mucho, en efecto! Veo que me sales caro como viajante. ¿En qué lo has invertido?

—He regalado mil libras de trigo...

—¿A quién?... ¿Cómo?...

Tomás contó la cosa.

—¡Hum! ¡no está mal eso! aprobó el padre. Es obrar con largueza... El asunto es claro... El honor de tu padre, el honor de la casa. Esto no es una pérdida... puesto que da fama y eso, mira, es el mejor reclamo en el comercio. ¿Y además?

—No sé... se ha ido...

—Habla francamente... no te pido el dinero, quiero saber sólo como te has portado, insistía Ignat, tratando de ver el interior de su pensamiento, con aire severo.

Pero Tomás, la cabeza baja, no sabía qué decir:

—He bebido... he comido...

—¿Has bebido? ¿Aguardiente?

—También...

—¡Ah! ¿no es, quizás, demasiado pronto?

—Puedes preguntar á Efim si me he emborrachado.

—¿Para qué hay que preguntar á Efim? Debes de decírmelo tú todo. Así ¿bebes? No me gusta eso...

—Puedo también dejar de beber...

—¿Qué tomas? ¿Quieres cognac?

Tomás miró á su padre y le sonrió alegremente. Ignat le respondió también con una sonrisa amigable.

—¡Qué diablo! Bebe, pero no descuides los negocios... El borracho traga vino y se despierta en seguida, mientras que el imbécil... admitamos esto para consolarnos. ¿Te has ido de muchachas? Vamos habla francamente... no te pegaría ¡bah!

—Tuve una... en el barco... La he traído desde Perm hasta Kazán.

—¡Hombre!...

Ignat exhaló un suspiro y dijo sombrío:

—¡Bien joven te has echado á perder!...

—Tengo veinte años... Y tú me has contado que, en tus tiempos, se casaba á los muchachos á los quince años.

—Se les casaba, es verdad. Pero dejemos esto. Te has divertido con una mujer ¿cómo hacer? Las mujeres son como el sarampión; no hay medio de escapar. No quiero ser hipócrita, yo buscaba las mujeres mucho antes que tú... Pero sé prudente con ellas...

Ignat quedó pensativo é inmóvil, con la cabeza inclinada.

—Mira, Tomás, repuso al cabo de un momento con tono rudo y firme, voy á morir muy pronto... soy viejo. Me siento oprimido, la respiración me falta... voy á morir... Todo el cuidado de los asuntos caerá sobre ti... Al principio, el padrino te ayudará: ¡obedécele! Has empezado bien, todo lo has hecho perfectamente, has tenido las riendas con mano firme... y aunque te has divertido demasiado, se ve que no perdías la cabeza: ¡quiera Dios que siempre sea así! Pero acuérdate de esto: el trabajo es como un animal vigoroso é inquieto, es necesario saber conducirlo, tenerle bien del bocado; sin esto te ganará por la mano... Esfuérzate en colocarte por encima del negocio... para tenerlo todo á tus pies, bien á la vista, para poder distinguir el menor clavito...

Tomás miraba el ancho pecho de su padre, escuchaba su voz de trueno y se decía:

«¡No morirás tan pronto!»

Este pensamiento le era dulce y reavivaba la ternura que experimentaba por él.

—Apóyate en tu padrino... Su cabeza posee el ta-

lento para toda una ciudad... No le falta más que el valor, sin lo que habría llegado muy lejos. Sí... te lo digo yo; ya no duro mucho tiempo. Debería quizás yo mismo prepararme para la muerte, dejar todo, cumplir mis devociones, para que los hombres se acordasen de mí, como bueno...

—¡Ya lo creo que así lo harán! dijo Tomás con seguridad.

—¡No hay de qué!

—¿Y el asilo de noche?...

Ignat miró á su hijo y se echó á reír...

—No ha perdido el tiempo Jacob. ¿Te ha contado?... ¡Viejo esqueleto!... ¿Te ha hablado mal de mí?...

—Un poco, dijo sonriendo Tomás.

—¡Lo creo! Le conozco bastante.

—¡Hablabas de ello como si se tratase de su di nero!...

Ignat se recostó en su butaca y siguió riendo.

—¡Ah! ¡cuervo viejo! Es muy justo lo que dices... Para él su dinero y el mío es todo uno... así el tiembla... Tiene un proyecto el viejo... ¿Acierta cuál?

—No sé...

—Eres tonto... Él quiere reunir el dinero.

—¿Cómo?

—¡Vamos á ver, adivinal!

Tomás miró á su padre y comprendió.

Su rostro se obscureció, dejó la butaca donde estaba sentado y dijo:

—No, no quiero... no me casaré con ella...

—¡Oh! ¿y por qué? Una niña sana, no tonta, hija única...

—¿Y Taras? ¿El desterrado? Pero es igual, no quiero de ningún modo.

—Taras se fué, perdido; no vale la pena de ocuparse de él... Jacob ha hecho un testamento, amigo, en el que dice:

«Dejo toda mi fortuna mobiliaria é inmobiliaria á mi hija Liubov». Es cierto que existe el parentesco, pero ya arreglaríamos eso.

—¡No importa, declaró Tomás con tono decidido, no me casaré con ella!

—Es demasiado pronto para discutir eso... Pero ¿por qué no te agrada, en el fondo?

—No me gusta esa clase de mujeres.

—¡Vaya!... Diga entonces el señor, ¿cuál es la clase que os gusta?

—Aquellas que son sencillas... Ella está siempre entre estudiantes y libros, es demasiado sabia para mí... Se burlaría de mí, decía Tomás agitado.

—Eso es verdad. Está demasiado emancipada... Pero esto no es grave... mano firme y cuestión de tiempo... Tu padrino es un viejo inteligente. Ha llevado una existencia sedentaria, tranquila, ha tenido mucho tiempo para meditar, merece ser escuchado, ve en seguida el pro y el contra de los negocios... Es nuestro aristócrata, su familia data de nuestra madre la gran Catalina... ¡jal jal... tiene una alta opinión de sí mismo, y como su sangre desaparece con Taras, ha decidido ponerte en su lugar. ¿Comprendes?

—¡Gracias! me gusta más escoger por mí mismo, mi lugar, respondió Tomás testarudo.

—¡Aun sigues hecho un tonto! replicó Ignat, sonriendo á estas palabras.

La conversación fué interrumpida por la llegada de la tía Anthéisa.

Al otro lado de la puerta se oía su voz alegre:

—¡Tomás, hijo mío, ya de vuelta!

Tomás fué á su encuentro con una sonrisa afectuosa.

Y su vida siguió de nuevo su curso regular monótono como en el pasado. De nuevo la Bolsa y las lecciones de su padre. Pero, aunque conservaba en las conversaciones con su hijo un tono de bondad

burlona, Ignat le trataba con más severidad. Era exigente aun en lo más insignificante y le recordaba constantemente que lo había educado en plena libertad, sin contrariarle, ni pegarle.

—Otros padres os pegan con palo mientras que yo no te he tocado ni con la punta del dedo...

—¡Hace falta creer que no teniais razones para hacerlo! declaró un día Tomás muy tranquilo.

Estas palabras y el tono con que fueron dichas pusieron á Ignat colérico.

—¡Tiene que ver! gruñó. Eres atrevido... Respondes á todo... ¡Ten cuidado! Mi mano es muy dulce, pero puede apretar y hacerte brotar lágrimas de los talones... Has crecido mucho... Como una seta venenosa, apenas salido de tierra, ya hueles mal...

—¿Por qué te enfadas conmigo? le preguntó Tomás un día que estaba de buen humor.

—No puedes sufrir que tu padre te grufía, replicas en seguida...

—¡Porque es humillante!... No soy peor que antes... y veo la conducta de los jóvenes a mi edad...

—No te morirás, ¿verdad? si te digo algunas tonterías de cuando en cuando... Y si gruñó es porque veo en tí algo que no tienes de mí... lo que es no lo puedo precisar, pero lo veo y también que te ocasionará disgustos.

Estas palabras sepultaron á Tomás en una profunda meditación. El se daba cuenta que algo especial le diferenciaba de sus camaradas, pero tampoco podía precisar lo que era. Y se observaba con desconfianza.

Le gustaba ir á la Bolsa y mezclarse en la muchedumbre bulliciosa y agitada de aquellas gentes severas que tramaban negocios por millones. El respeto con que trataban á Tomás Gordeieff, el hijo del millonario, gentes de menor importancia, halagaba su amor propio. Se sentía orgulloso y dichoso, cuando habiendo tomado la iniciativa de una deci-

sión cualquiera en un negocio de su padre, obtenía una sonrisa de aprobación. Muy ambicioso y cesando aparecer un hombre maduro y serio, continuaba viviendo en la soledad, ni más ni menos que antes de su viaje á Perm, y no experimentaba ninguna necesidad de crearse amigos, aunque á menudo encontrase á los hijos de otros traficantes, jóvenes de su misma edad. Ellos le invitaban con frecuencia á sus diversiones, pero él rehusaba siempre brutal y desdefiosamente y les decía, sonriendo:

—¡Tengo miedo!... Vuestros padres sabrían vuestra conducta, os pegarían y yo podría también atrapar algunos golpes.

Lo que le desagradaba, era ver que se divertían y hacían orgías á hurtadillas, con dinero quitado de la caja paterna ó bien prestado contra letras á largo plazo y á un interés usurario.

Ellos no le querían tampoco, á causa de su frialdad desdefiosa, donde veían un orgullo que les rebajaba. El no osaba hablar con sus amigos porque temía le tomasen por tonto y poco entendido en los negocios.

La imagen de Pelagia se le representaba á menudo, y en esos momentos, su corazón se oprimía dolorosamente. Pero poco á poco el tiempo pasaba sobre esta imagen y borraba sus frescos colores; insensiblemente su lugar vino á ser ocupado por la figura menuda y angélica de la medinskaia. Todos los domingos iba á casa de Ignat, so pretexto de diversas obras de caridad, pero, en realidad, únicamente con el fin de activar la construcción de su asilo. En su presencia Tomás se sentía torpe y pesado. Eso le contrariaba, y bajo la mirada afectuosa de Sofía Pavlovna, su rostro se cubría de un tinte rojizo. El había notado que cada vez que ella lo miraba, sus ojos se ponían más sombríos y el labio superior subía, dejando al descubierto una fila

de pequeñitos dientes blancos. Esto le aterraba. Su padre un día sorprendió las miradas con que acechaba á la Medinskaia y le dijo:

—No mires tanto ese rostro. ¡Ten cuidado! es parecida al carbón de abedul: es negro, pulimentado, inofensivo al exterior, y si vas á cogerlo, te quemarás.

La Medinskaia no despertaba en él ningún sentimiento sensual; no se parecía en nada á Pelagia y no tenía nada de común con las otras mujeres. Conocía las historias escandalosas que sobre ella circulaban y no creía una palabra. Modificó, sin embargo, su manera de ser el día en que la encontró en coche al lado de un grueso señor, con un sombrero gris y largas mechadas de cabellos abandonadas sobre los hombros.

El rostro de aquel era rojo y abotagado como una vejiga; no tenía barba ni bigote y se parecía á una mujer disfrazada... Tomás supo que era su marido... Aquel encuentro hizo germinar en él sentimientos oscuros y contradictorios; hubiese querido insultar al arquitecto y al mismo tiempo experimentaba por él un respeto mezcla de envidia. A partir de este momento la Medinskaia le pareció menos seductora, pero más accesible: la compadecía y se decía con fatuidad;

«Debe estar descorazonada, cuando él la bese...»

Pero todo esto no era más que superficial. En el fondo de su sér, sentía un vacío inmenso y abrumador que nada podía rellenar, ni las impresiones del día ni los recuerdos del pasado. La Bolsa, los negocios, los sueños de la Medinskaia, todo se perdía en aquel abismo. Se inquietaba: en las oscuras profundidades del abismo que llevaba en sí, sospechaba una fuerza invencible y hostil, informe todavía, pero que tendía ya con obstinación y prudencia á tomar cuerpo.

Ignat cambiaba poco exteriormente; sólo que cada

día estaba más agitado, más gruñón y se quejaba de los infortunios.

—He perdido el sueño, yo, que antes dormía tan bien que me habrían despellejado sin despertarme; ahora me vuelvo y me revuelvo toda la noche y apenas si me duermo cuando amanece. Después me despierto á cada instante... mi corazón late irregularmente, ya como el de una bestia perseguida: toc, toc, toc... Ya se detiene... diríase que se suelta y que va á caer en algun abismo insondable de mi ser. ¡Perdóname, Señor, en tu gran misericordia!

Y suspiraba entristecido, levantando al cielo los ojos turbados en que la vida y el brillo estaban ya apagados.

—La muerte me acecha, está muy próxima, decía él sombrío y resignado.

Tenía razón, pues bien pronto echó por tierra su cuerpo potente de atleta.

Esto tuvo lugar un día del mes de Agosto, muy de mañana. Tomás dormía profundamente, cuando se sintió sacudido por el hombro y una voz ronca murmuró á su oído:

—Levántate ..

Abrió los ojos y percibió á su padre, sentado en una silla al pie de la cama, que repetía con voz sorda:

—Levántate, levántate...

Los primeros rayos del sol penetraban en el cuarto y esparcía por todas partes, sobre la blancura de las sábanas, sobre la camisa de Tomás, su tinte aun sonrosado.

—¡Es muy temprano! dijo Tomás estirándose.

—Bueno, ya dormirás más...

Tomás se envolvió perezosamente en las sábanas y preguntó:

—¿Quieres algo?

—¡Levántate, amigo, te lo suplico! exclamó Ignat. Y añadió con desaliento:

—Es urgente, puesto que te despierto...

Examinando á su padre, Tomás percibió su tinte terroso y fatigado.

—¿No está bien?

—No.

—¿Quieres el médico?...

—¡Déjale! exclamó Ignat con un gesto. Ya no soy joven... Yo mismo sé...

—¿Qué?

—¡Yo sé, te digol exclamó el viejo misteriosamente.

Y miró alrededor de él vagamente. Tomás se vestía. Su padre, con la cabeza baja, decía lentamente:

—Tengomiedo de respirar... Tengo la idea de que, si aspiro, en este momento mi corazón estallará... Es domingo hoy. Después de la primera misa, haz buscar al sacerdote...

—¿Qué tienes, papá? preguntó Tomás ensayando sonreír.

—Nada. Lávate y baja al jardín. He hecho llevar allí la tetera... Tomaremos el te de mañana. Anda de prisa...

El viejo se levantó penosamente de su asiento, y encorvado, dejó la habitación, con los pies desnudos, andando con paso incierto. Tomás le seguía con la mirada y un terror helado le oprimió el corazón. Se echó de prisa agua por el rostro y bajó precipitadamente al jardín.

Allí encontró á su padre sentado en una butaca, bajo un frondoso manzano. La luz del sol se filtraba por entre las hojas del árbol y alumbraba la forma blanca del viejo vestido con su camisa de dormir. El silencio del jardín era tan completo, que el rumor ligero de una rama muerta, que cayó al lado de Tomás, le pareció un gran ruido y le sobresaltó. Colocada en una mesa ante su padre, la tetera roncaba como un gato viejo y enviaba al aire una columnita de vapor. En medio de la paz y fresca

verdura del jardín, que una lluvia abundante había lavado la vispera, la mancha brillante y descarada de aquel cobre radiante le pareció inútil fuera de su sitio; no se armonizaba ni con el medio ni con la hora ni con el sentimiento que acababa de nacer en él á la vista del viejo encorvado, enfermo, completamente blanco, sentado, solitario bajo el dosel sombrío y lúcido del follaje inmóvil, donde se ocultaban las rojas manzanas.

—Siéntate, dijo Ignat.

—¿Y si se enviase á buscar al médico?... le propuso su hijo indeciso, tomando una silla frente á él.

—Es inútil... El aire me reconforta... Voy á beber un poco de te; así me mejorará mucho...

E Ignat se puso á servir el te en los vasos. Tomás veía que la tetera temblaba en sus manos.

—Bebe...

Tomás cogió su vaso, é inclinado, soplando para hacer caer la nata esparcida en la superficie del té, escuchaba, con el corazón oprimido, la respiración entrecortada y vacilante de su padre.

De repente algo cayó sobre la mesa con tal ruido, que toda la vajilla tembló.

Tomás, sobresaltado, levantó la cabeza y halló la mirada asustada, casi aterrada de su padre. Ignat miraba á su hijo y murmuró en un espasmo:

—¡Una manzana ha caído.. qué jaleo! Diríase que era un tiro, ¿eh?

—¿Y si pusieras un poquito de cognac en tu té? propuso Tomás.

—Está bien así...

Se callaron. Una bandada de gorriones pasó por encima, llenando el aire de gritos alegres. Y la paz solemne de la naturaleza en plena vida envolvió de nuevo al jardín. El espanto se veía siempre en los ojos de Ignat.

—¡Jesús! decía á media voz santiguándose con fervor. Sí, ¡llegó la última hora de la vidal...

—¡Pero, papá! murmuró Tomás.

—¿Qué? Concluiremos el té, después enviarás á alguno á buscar al padre y al padrino...

—Yo preferiría en seguida...

—Van á tocar á misa ahora, el sacerdote no está allí... y además no urge aun... se mejorará, quizás.

Y aproximó la taza á sus labios y empezó á beber con estrépito su té.

—Tendría necesidad aun de vivir un año ó dos... Eres bastante joven... y tengo mucho miedo por tí... Vive honesta y firmemente... no envidies el bien del prójimo y conserva el tuyo...

Hablaba con dificultad, se detuvo y se frotó el pecho con la mano.

—¡No cuentes con los hombres!... ¡no esperes mucho!... Todos vivimos para tomar, no para dar... ¡Oh Dios mío, perdóname, pecador de mí!

A lo lejos la primera campanada cayó en el silencio de la mañana Ignat y su hijo se santiguaron tres veces..

Esta primera llamada fué seguida de una segunda, después de una tercera y en seguida el aire se llenó de sonidos de campanas, que llegaban de todas partes, sonidos lentos, iguales, invitando con instancia á los fieles al oficio.

—Ahora tocan á misa, dijo Ignat siguiendo atentamente el sonido del bronce. ¿Distingues las campanas por sus voces?

—No, le respondió Tomás.

—Escucha bien... Esta... escucha... tan profunda, es de San Nicolás... un don de Pedro Mitritch Viagine... esta es de Praskeve Piat Nitza...

Las ondas sonoras llenaban de vibraciones el aire que estaba saturado é iban á perderse dulcemente en el azul del cielo. Tomás contemplaba con mirada desolada el rostro de su padre, y vió sus ojos animarse y perder su expresión angustiada...

Pero de repente la faz del anciano tomó un tinte

rojo violáceo, las pupilas se dilataron y salieron de sus órbitas los ojos, se abrió la boca y se escapó un sonido especial, un silbido ronco:

—Pff...chchch...

Después la cabeza rodó sobre uno de sus hombros y todo su cuerpo pesado se deslizó lentamente á tierra, como si la tierra lo hubiese atraído misteriosamente á sí. Durante algunos segundos Tomás quedó en silencio é inmóvil, con la vista llena de espanto y terror, fija en su padre, y después se precipitó sobre el cuerpo, levantó la cabeza de Ignat y miró su rostro. Este rostro estaba sombrío, inmóvil, y los ojos grandes abiertos no expresaban nada, ni terror, ni sufrimiento, ni alegría... Tomás miró á su alrededor. Sus manos temblaron, y la cabeza de su padre cayó á tierra con un ruido sordo.

Un hilillo de sangre negra y viscosa salió de la boca abierta y corrió á lo largo de la mejilla...

Tomás se golpeó violentamente el pecho, y arrojado ante el cadáver, exhaló un grito salvaje y desgarrador. Sacudido por el espanto, sus ojos huían buscaban siempre aún á en el desierto jardín...

IV

La muerte de su padre abismó á Tomás en un estado de estupor. Gran número de conocidos se agitaban á su alrededor. No lloraba, no se desconsolaba, no pensaba en nada.

Maiakin se ocupó del entierro.

Maiakin instaba á Tomás que llorase, como un alivio del alma, pero estos discursos no despertaban ningún eco en el cerebro ó en el corazón de Tomás.

El día del entierro volvió en sí de su abstracción. El cielo estaba cubierto y el día gris.

Detrás del ataúd se movía, como una larga cinta, una muchedumbre inmensa, y en medio de la nube de polvo que levantaron, brillaba el oro de los há-

bitos sacerdotales. Tomás era empujado por todos los lados. Andaba sin ver nada, excepto la cabeza blanca de su padre. Maiakin conducía el convoy, le hablaba al oído.

—Mira cuánta gente... el gobernador, el alcalde, todo el Ayuntamiento, y detrás de tí, mira, Sofia Pavlovna... La villa entera ha querido honrar á tu padre...

Tomás, que no prestaba atención, oyendo el nombre de Sofia se volvió, involuntariamente y su mirada fijóse en el gobernador. Una ligera satisfacción, como una gota de rocío, dilató su corazón ante este personaje tan importante...

Tomás volvióse de nuevo y sus ojos se encontraron con los de la Medinskaia. Su mirada acariciadora le arrancó un suspiro y se sintió aliviado...

Cuando en la iglesia oyó la llamada conmovedora: «Vamos, hermanos míos, daos el último beso», de su pecho se escapó un sollozo parecido á un rugido y la muchedumbre fué sacudida por este grito terrible...

Vaciló y habría caído si su padrino, cogiéndole por un brazo, no le hubiese empujado hacia el féretro, cantando bastante alto y con cólera: «Besad en la frente á aquel que fué con nosotros... besa, Tomás, besa, está en el ataúd... cubierto de la lápida... Parte para la eternidad, está enterrado...»

Tomás tocó con sus labios la frente de su padre y se echó atrás con horror.

—¡Cuidado! Me ha faltado poco para caer... dijo á media voz Maiakin. Y aquellas palabras tan naturales sostuvieron á Tomás mejor que lo hiciera su padrino.

—«Cuando me veáis reposar inmóvil y mudo, lloradme, hermanos y amigos míos...» suplicaba Ignat por voz de la iglesia.

Pero su hijo no lloraba. El rostro negro y abotagado de su padre dábale espanto.

Pronto los amigos rodeáronle compadeciéndole. Su padrino le deslizó al oído:

—Nota como todos te adulan... los gatos huelen el jamón.

Estas palabras desagradaban á Tomás, pero eran saludables porque le hacían cambiar de pensamiento.

Una nueva crisis de lágrimas le sacudió en el cementerio. Su padrino le hacía ver con cólera que él no lloraba y que no debía demostrar tanta debilidad de alma. Una vez en la casa, se le llevó á la mesa, cubierta de entremeses, forzándole á tomar algo. La sala estaba radiante de luces. Tomás tragó un vaso de aguardiente, y otro y otro... A su alrededor se oía el choque del cristal y de mandíbulas... Maiakín le recomendaba fuese obsequioso, y Tomás en una ocasión gritó:

—¿Acaso están aquí como en el café cantante?

Las palabras de Tomás fueron oídas y el silencio reinó. Unos dejaron la mesa y todos miraron á Tomás con disgusto. El no bajaba la vista y contemplaba fríamente á aquellos individuos.

Tomás, no pudiendo contenerse, ganó la puerta y se dirigió al jardín. Allí, los ojos dulces de la Medinskaia, su pequeña silueta elegante... y las palabras de su padre «no cuentes con los hombres... no esperes nada» flotaban ante su vista y resonaban en sus oídos.

—«¿Cómo voy á vivir yo, ahora? Solo...» pensaba.

Cuarenta días después de la muerte de Ignat, debía asistir á poner la primera piedra del Asilo de noche. Se había vestido con esmero y sentía el corazón ligero. La víspera había recibido una carta de la Meninskaia anunciándole que se le había nombrado del Comité de vigilancia para la construcción del edificio y miembro honorario de la Sociedad que presidía ella. Esto le halagó, y el papel

que estaba llamado á desempeñar ese día le agitaba en extremo. No se cansaba de pensar en lo que le sucedería y en lo que debía hacer para no dar pasto á la crítica.

—¡Eh! ¡páral...!

Se volvió y percibió en la acera, avanzando hacia él, á Maiakín, vestido de una levita que llegaba á los talones, y con sombrero alto y un inmenso paraguas en la mano.

—Llévame, dijo el viejo, saltando adentro del coche con la agilidad de un mono. Te acechaba... me decía: «Es la hora, va á pasar».

—¿Vais? preguntó Tomás.

—¡Como no! Necesito ver como se entierra el dinero de mi amigo. Y á propósito, he leído en los periódicos que te nombraron miembro del Comité y durante la ceremonia ten presente esto: muestra altivez, ponte en evidencia, que todo el mundo te vea. Si no te dijera esto serías capaz de esconderte detrás de alguien.

Cuando llegaron encontraron los personajes más importantes de la ciudad ya reunidos y una muchedumbre inmensa alrededor del andamiaje de los montones de tierra y de ladrillo. El arcipreste, el gobernador, los notables de la villa y de la administración formaban, con las señoras vestidas de verano, un grupo claro y miraban dos albañiles que se agitaban alrededor de un montón de ladrillos. Maiakín se aproximó al grupo en compañía de su ahijado y murmuró á su oído:

—No te dejes intimidar... No es oro todo lo que reluce.

Después, inclinándose con respeto ante el gobernador primero, y ante el prelado en seguida:

—¡Buenos días, Excelencia! ¡Vuestra bendición, Monseñor! dijo él alegremente.

—¡Buenos días, Jacobo Tarasovitch! exclamó el

gobernador amigablemente, apretando con fuerza la mano de Maiakín y sacudiéndola mientras éste besaba la mano del sacerdote. ¿Cómo vaís, inmortal?

—¡Mis respetos, Sofía Pavlovna! decía Maiakín con volubilidad.

Y en un minuto saludó al presidente de la Audiencia, al procurador, al alcalde, á todos los que juzgaba útil saludar primero.

Tomás, inmóvil detrás de él, examinaba de reojo á aquellos individuos cubiertos de bordados de oro. De pronto su padrino dijo:

—Os presento á mi ahijado, Excelencia: Tomás, hijo único del difunto Ignat.

—¡Ah! articuló el gobernador... compadezco y tomo parte en vuestro dolor.

Y estrechando la mano de Tomás, se calló; después añadió:

—¡La muerte de un padre es una... gran desgracia!

Al cabo de un segundo, no obteniendo respuesta de Tomás, se volvió hacia Maiakín y se pusieron á conversar de política local, del discurso que éste había pronunciado en el Ayuntamiento...

El diácono de la catedral dejó oír su voz gruesa, principiando el servicio divino.

Sofía Pavlovna se aproximó á Tomás, dándole los buenos días con modulaciones en su voz triste y velada.

—Os miraba el día de los funerales y mi corazón se oprimía... «¡Dios mío! pensaba yo, ¡lo que debe sufrir!» Y vuestros gritos me conmovieron hasta el fondo de mi corazón, ¡pobre niño! Puedo hablaros así, porque ya soy vieja...

—¡Vos! exclamó dulcemente Tomás.

—¿No os parece? articuló ella, mirándole con sencillez. ¿No me creéis cuando os digo que soy una vieja?

—Os creo, es decir... creo todo lo que digáis... sólo que esto no es verdad.

—¿Qué, no es verdad? ¿que me creéis?

—No, eso no... sino que... ¡dispensad! ¡No sé hablar! exclamó por último Tomás desesperado y rojo de emoción. No tengo instrucción...

—Eso no debe afligiros, dijo la Medinskaia con aire protector, sois aun joven, la instrucción está al alcance de todos... Pero creo que teniendo el corazón puro que tenéis, instruiros sería echaros á perder...

—¡Gracias!

No podía responder otra cosa, y vió en el acto un relámpago burlón que cruzó por los ojos de la Medinskaia. Se sintió ridículo y tonto, se irritó contra sí mismo y repuso con voz sorda:

—Si así me han hecho, no sé adular, y si tengo ganas de reír, lo hago abiertamente. ¡Soy un sér estúpido!

—¿Para qué hablar así? dijo la joven con reproche. ¿Vendréis á la comida?

—Sí...

—¿Y mañana, á mi casa, al consejo?

—¡Ya lo creo!

—Algún día vendréis á verme sin ceremonia ¿verdad?

—¡Os lo agradezco! ¡iré!

—Soy yo quien os agradece esa promesa.

Se callaron, escuchando la plegaria del sacerdote, que continuaba:

—«¡Al fundador de esta casa concede, Señor, un recuerdo eterno!»

Aquella comida fué una verdadera tortura para Tomás. Por primera vez asistía á una comida de ceremonia y veía que todos comían, bebían, hablaban, y que una barrera infranqueable le separaba de la Medinskaia. Tenía por vecino al secretario de la Sociedad—un joven empleado en el ministerio de

Justicia y que se llamaba Uchtitcheff.—Regordete, con cara de niño, era locuaz y alegre, hablaba con voz de tenor.

—Lo que tenemos de más valor en nuestra Sociedad es nuestra dama la patrona: lo más importante es hacer la corte á nuestra dama la patrona; lo más difícil es devolverle un cumplimiento del que se sienta satisfecha; pero lo más inteligente es admirarla en silencio y sin esperanza!

Tomás le escuchaba al mismo tiempo que miraba á la Medinskaia hablar al prefecto de policía con aire inquieto. Deseaba que todo se concluyese en seguida, se sentía ridículo, hecho para inspirar lástima, estaba convencido de que todos le miraban, le espiaban y le criticaban. —A sus oídos resonó de nuevo la voz de tenor del secretario.

—El sacerdote se levanta, almacena aire en sus pulmones y en seguida entonará el «¡Recuerdo eterno!» por Ignat Matveitch.

—¿No podría retirarme? preguntó dulcemente Tomás.

—¿Por qué no? Todo el mundo comprenderá.

La voz sonora del diácono se elevó y sobrepasó todos los rumores de la sala. La aristocracia del comercio reunida en esta sala está en expectación ante su boca grande, abierta, de donde salen, lanzadas con maestría, todas las notas de la octava. Tomás aprovechó aquel momento para esquivarse, sintiéndose humillado de no poder hablar tan bien como los demás, y se acordó de las burlas que sobre esto le asestaba Liuba.

Tomás no amaba á la hija de Maiakín. Siempre evitaba las ocasiones de encontrarla. En una ocasión Liubov le dijo:

—¡Bah! cuanto más te miro, más advierto que no te pareces á un traficante.

—¡Tú tampoco te pareces á una *comercianta*! le respondió Tomás desconfiado.

—¡Gracias!

—¿Por qué te causa placer? preguntó Tomás viendo la alegría de la joven.

—Porque no nos parecemos á nuestros padres.

Tomás la miró sorprendido, pero no dijo nada.

—Confésame francamente, continuó ella bajando la voz; ¿tú no quieres á mi padre? ¿No te gusta?

—¡Pues bien!... No mucho.

—A mí nada absolutamente.

—¿Por qué?

—Cuando seas inteligente lo comprenderás... Tu padre era mejor.

—¡Ya lo creo! exclamó Tomás con importancia.

Aunque desde este instante se estableció entre ambos una corriente de simpatía, resultaban aburridos al cabo de conversaciones que no eran nunca de su interés respectivo... Ella se complacía en hablar de su hermano Taras, que no conocía, pero de quien contaba historias que le hacían semejante á los grandes y nobles forajidos de la tía Antheisa.

V

El modo grosero con que obró Tomás el día del entierro de su padre, era conocido de los comerciantes y le habían valido una detestable reputación.

En la Bolsa notaba miradas atravesadas y bur-lonas; se le hablaba de un modo afectado y especial. Dió parte á su sobrino de estas observaciones y de sus largos discursos, Tomás sintió germinar en sí la ambición por vez primera y hasta empezaba á arraigar, pero sus relaciones con la Medinskaia tomaron fatalmente los vuelos que debían tomar. Aquella mujer le atraía, quería verla á todas horas, y en su presencia no osaba parpadear, se ponía torpe é idiota, lo sabía y sufría horriblemente. Iba á menudo á su casa, pero nunca la encon-

traba sola, un enjambre de jóvenes elegantes la rodeaban constantemente. La hablaban en francés, cantaban, reían, mientras que él, sentado en un rincón, se callaba y los miraba lleno de hiel y envidia.

A decir verdad, cuando estaba á solas con ella, se sentía tan torpe, ó más. Ella le recibía con una sonrisa encantadora, se instalaba con él en uno de los rincones íntimos de su salón, y empezaba generalmente la conversación quejándose de todo el mundo.

—¡Qué dichosa soy al verle! no se lo puede figurar.

Perfumada, con movimientos de felino, se inclinaba hacia él y le miraba en los ojos, con una mirada donde relucía un resplandor extraño. Y al cabo de una conversación de retruécanos y juegos de palabras, él concluía por decirle con ardor:

—Le amo á usted... ¡la amo! ¿Es posible no amarla? Pero ¿para qué?

—¡Sí, V. lo ha dicho! suspiraba Medínskaia satisfecha.

Y se alejaba un poco.

—Me gusta tanto oírsele decir, ¡lo dice tan bien! es V. joven... ¿Quiere besar mi mano?

El cogía su manecita blanca y fina y se inclinaba respetuosamente para depositar en ellas largos y ardientes besos.

La Medínskaia retiraba vivamente la mano, sonriente y graciosa, pero sin ninguna emoción. Después con vagososa mirada examinaba á Tomás como un objeto raro y curioso y decía:

—Es una piedra preciosa, á la que sólo falta ser bien pulida... ¡ah! entonces...

Se complacía en enloquecerle de tentaciones que domaba en el acto por sólo efecto de su mirada y se gozaba en este juego, segura de su omnipotencia. Una vez él, le preguntó tímidamente:

—Sofía Pavlovna... ¿ha tenido hijos?

—No.

—¡Estaba seguro de ello! exclamó él contentísimo.

—¿Por qué me lo pregunta?

Tomás enrojó, bajó la cabeza y sus palabras salían sordas y vacilantes lo mismo que si cada una de ellas pesase cien kilos.

—Es que... una mujer cuando ha estado encinta no... tiene... los ojos iguales...

—¡Sí! ¿Cómo son?

—¡Desvergonzados! profirió Tomás.

Medínskaia se echó á reír, con su risa clara, y su alegría ganó á Tomás.

—Perdonadme, dijo al fin, me he expresado mal quizás... poco conveniente...

—¡Oh! ¡no! ¡no! No podéis decir inconvenientes, porque sois un niño puro y bueno... ¿Mis ojos no son desvergonzados?

—¡Los suyos! son los de un ángel,—declaró Tomás radiante mirándola con entusiasmo.

Ella le miró á su vez, como aún no lo había hecho, con mirada de madre, triste mirada de amor, mezclada de temor por el bien amado.

—Vaya.. vaya V. amigo mío... Estoy fatigada y tengo necesidad de reposar...

Y se levantó diciendo estas palabras.

La abandonó, dócilmente. Su manera de ser se modificó en poco tiempo. Se mostró más correcta y más leal como si le hubiese tenido lástima; pero poco tardó en que sus relaciones fuesen lo que habían sido, y el gato empezó á jugar con el ratón.

Estas relaciones continuadas de Tomás con la Medínskaia no podían escapar á la sagacidad de su padrino, que le dijo un día con una sonrisa melosa:

—¡Ten cuidado, Tomás, con perder la cabeza! No me parece muy sólida.

—¿Por qué me decís eso? preguntó Tomás.

—A propósito de Sofia... ¡me parece que vas muy á menudo á su casa!

—¿Y que os puede importar eso? replicó Tomás groseramente, ¿y por qué la llamáis Sofia?

—A mí no me importa, si... te despluman, no perderé nada yo... En cuanto á llamarla Sofia... todo el mundo está enterado de eso... y hasta que saca las sardinas del fuego con mano ajena.

—Es inteligente, declaró Tomás firmemente. Y metió las manos en los bolsillos... Instruida... también...

—¡Inteligente, ya lo creo! El otro día, cuando ha dado una fiesta, se ha portado diestramente: dos mil cuatrocientos rublos percibidos, mil novecientos de gastos... y aún creo que ni llegaron á mil rublos, pues lo tiene todo y de todo el mundo gratis... Instruida... Te instruirá... Y sobre todo los tipos que la rodean.

—¡Esos no son tipos, sino gente de talento! respondió Tomás furioso, diciendo lo contrario de lo que pensaba. Me aprovecho de su sociedad. Yo no sé una palabra: ¿qué me han enseñado? Allí se habla de todo y cada uno dice su cosa. No impidáis que llegue á ser un hombre como los demás.

—¡Dios! ¡qué locuaz te has vuelto! Ya vendrá la hora en que sepas distinguir al mundo... á Sofia, por ejemplo. ¿Qué representa ella? Un insecto, adorno de la naturaleza y nada más.

Alterado hasta el fondo de su alma, Tomás hundió aún más las manos en sus bolsillos, apretó los dientes y abandonó á Maiakín.

En otra ocasión Maiakín le preguntó:

—¿Le has hecho muchos regalos?

—¿Qué regalos? ¿para qué? replicó Tomás sorprendido.

—¿No le has regalado nada? ¡Qué pretensión!... ¿Es posible que sea tu querida por amor únicamente?

Tomás dió un salto, se volvió bruscamente hacia el viejo y le dijo con tono de reproche:

—¡Oh! un hombre anciano como vos, hablar así... ¡qué vergüenza!... ¿Creería culpable de semejante villanía?

Maiakín apretó los labios y murmuró con voz plañidera:

—¡Qué imbécil!

Después de repente, entrando en furor, exclamó:

—Un pesebre donde beben todas las bestias, donde no queda más que cieno y el imbécil que se cree un dios, del desperdicio de los demás... ¡Qué diablo! véte á su lado y dile sencillamente: «Deseo ser vuestro amante, soy un hombre joven; no me llevéis muy caro.

—¡Padrino! dijo Tomás con una violencia contenida. ¡No quiero oír más! Si otro se hubiese permitido eso...

El viejo estaba alterado. El despecho, la cólera y aún lágrimas temblaban en su voz. Jamás Tomás le había visto en aquel estado, y á pesar suyo se callaba, contemplándole. Tomás sentía la verdad en las palabras del viejo. Se sentía oprimido, su boca se ponía seca y amarga.

—¡Está bien! papá... ¡basta! suplicó dulcemente, apartando de Maiakín su mirada de crucificado.

—¡Ah! ¡Ya es hora de que trates de casartel exclamó el viejo alarmado.

—¡Callaos en nombre del cielo! articuló Tomás con voz sorda.

Maiakín echó una ojeada á su ahijado y se calló. El rostro de Tomás se había estirado, invadido por una palidez terrosa. Alrededor de su boca entreabierta surcaba una arruga sombría y en la mirada de sus ojos apagados se leía una sorpresa dolorosa: la amargura de una tristeza profunda é incurable.

Por ambos lados de la carretera donde pasea-

ban, se extendían campos que guardaban aun girones de sus vestidos de invierno.

El agua salpicaba bajo las patas del trineo y había volar en el aire pedazos de barro y nieve.

—¡Qué estúpida es la juventud!—exclamó Maia kín á media voz.

Tomás no le miró.

—Se vé un tronco de árbol, se le toma por un espectro... y se hace objeto de espanto...

—Hablad con sencillez, dijo Tomás con voz sorda.

—Todo está dicho; y es bien claro: las jóvenes son la crema, las mujeres la leche; pero las mujeres están cerca y los jóvenes están lejos... Ve á casa de Sonka, puesto que no te puedes pasar sin ello, pero didle francamente: «Esto quiero»... ¡Tontol debes comprender perfectamente que siendo pecadora, es más accesible. ¿Por qué te disgustas por qué pones esa cara?

—No comprendéis, dijo con dulzura Tomás.

—¿Qué es lo que no comprendo? Yo lo comprendo todo.

—¡El hombre tiene un corazón, un corazón!—repitió el joven cen un extenso suspiro.

—Es porque entonces carece de talento, le respondió Maiakín.

VI

Sentimientos de odio, de venganza y de cólera se disputaban el corazón de Tomás, cuando entró en la ciudad. Un deseo salvaje de insultar á la Medinskaia, de humillarla se había apoderado de él.

Con los dientes apretados y las manos metidas los bolsillos, dió vueltas en las habitaciones de su casa, durante varias horas, irguiendo siempre su elevada talla. Su corazón lleno de hiel no le cabía en el pecho. Sus pasos pesados golpeaban el suelo con cadencia, como si éste tuviese la culpa de su cólera.

—¡Oh! ¡la vil criatura!... ¡con su aspecto de ángel!

Su memoria le representaba fielmente la imagen de Pelagia y murmuraba con amarga alegría:

—¡Una mujer perdida!... ¡pero cuanto mejor! Aquella no disimulaba nada. Descubría á la vez su cuerpo y su alma. Debía tener el corazón tan blanco y tan firme como su seno...

Con voz tímida, la esperanza murmuraba á su oído: «Ya ves hen mentidol!...»

Pero recordaba el discurso violento y convencido de su padrino, y aquella esperanza se desvanecía. Rechinaba de nuevo los dientes y ensanchaba su ancho pecho. Pensamientos malos cercaban su corazón como espinas que entran en la carne y su corazón sangraba y se retorcia en un sufrimiento agudo.

Cubriendo de lodo á la Medinskaia, Maiakín había roto el encanto y destruído en su ahijado el temor respetuoso que ella le inspiraba.

La primavera recrudeci6 el trabajo y cuidados de toda índole absorbieron á Tomás. Aquello fué una diversión saludable y que procuró un poco de calma á su corazón ulcerado. El dolor que le causara la pérdida de un sér venerado, había animado su cólera contra la mujer y este pensamiento, á que ella no era inaccesible, se la representaba aún más agradable. Insensiblemente comprendió y se decidió bruscamente á ir casa de Sofia Pavlovna, y decirle sin rodeos lo que deseaba obtener de ella. Experimentó una gran alegría de su resolución y partió con paso ligero, no pensando otra cosa en el camino, que el modo más diestro y más conveniente de expresarle su deseo. Los criados acostumbrados á su asiduidad le anunciaron seguidamente que la señora estaba sola en el salón.

Se turbó... pero un espejo le reflejó su imagen elegante, oprimido por la levita, su rostro moreno

orlado de una barba sedosa y fina y sus grandes ojos negros serios y dulces. Alzó los hombros y atravesó la sala con paso seguro.

Entonces á medida que avanzaba, percibía más netamente los sonidos de un instrumento de cuerda, sonos bizantinos que conmovían el alma y parecían ya reír con risa triste y silenciosa, ya gemir en una queja lamentable y desesperada. Tomás no amaba la música: le impresionaba siempre profundamente. En estos momentos, cuando el órgano de Berbería en la taberna tocaba aires melancólicos, sufría físicamente y se veía forzado á mandar parar la música ó alejarse. No podía permanecer insensible á aquellos discursos sin palabras, pero llenos de lágrimas y de gemidos.

Llegado al dintel del salón se detuvo involuntariamente. Uno de esos cortinajes japoneses en que las perlas multicolores representan plantas extrañas, oculaba la entrada; los largos hilos de perlas se movían al menor soplo y en las sombras ligeras de las plantas parecían temblar en el aire. Aquella barrera transparente no ocultaba á los ojos de Tomás el interior del salón. Pudo ver á Medinskaja sentada en su rincón favorito en la dormilona y tocando la mandolina, un amplio quitasol japonés aplicado á la pared reflejaba sus tintes caprichosos sobre la mujer menudita vestida de obscuro. Una lámpara muy alta con gasa roja, proyectaba sobre ella un resplandor de puesta de sol.

Los sonos armoniosos de las cuerdas vibraban en la semi obscuridad de la habitación. De pronto dejó caer el instrumento en sus rodillas y mientras que sus dedos continuaban recorriendo las cuerdas mudas, su mirada fija pareció ver algo ante ella.

Tomás exhaló un suspiro.

En el aire la melodía se moría y el rostro de Sofía cambiaba sin cesar, como si las sombras que la envolvían no hubiesen hecho más que rozarla sua-

vemente hundiéndose en el acto bajo el brillo ardiente de sus pupilas.

Tomás la miraba y notaba que, vista así, no era tan linda como cuando ella se mostraba en sociedad. Su rostro más grave, parecía envejecido; sus ojos no tenían la dulzura y la caricia que estaba acostumbrado á ver en ellos: no expresaban sino la fatiga y el aburrimiento. Su postura acusaba una lasitud infinita como si hubiese sido incapaz de todo movimiento. Tomás se apercibió que todo deseo se desvanecía para dar lugar en su corazón á otro sentimiento. Hizo un movimiento y tosió.

—¿Quién es?—dijo la joven con sobresalto.

Las cuerdas vibraron y sonaron con inquietud.

—Soy yo, respondió Tomás, apartando con las manos las perlas del cortinaje.

—¡Ah! ¡sois vos!... Entráis tan callando. ¡Me siento dichosa al veros! Pero sentáos. ¿Por qué habéis estado tanto tiempo sin venir?

Ella le tendió una mano y con la otra, le indicó una butaca baja, á su lado. Sus ojos sonreían dichosos.

—He ido al puerto á visitar mis barcos, respondió Tomás, con tono suelto y acercando su butaca á la dormilona.

—¿Hay mucha nieve ahora en los campos?

—¡Bastante! pero se empieza á fundir; los caminos impracticables están cubiertos de agua.

La miraba y sonreía. La libertad de sus ademanes y la expresión nueva de su sonrisa debieran chocar á la Medinskaja, pues se envolvió en su bata y se alejó un poco de él. Sus ojos se encontraron y ella bajó la cabeza.

—¡Ah! ¡La nieve se funde! articuló con languidez. Y examinó con detención la sortija que llevaba en su dedo meñique.

—Sí, hay arroyos en todas partes, replicó Tomás